

Ricardo Cicerchia,
Historia de la vida privada en la Argentina,
Buenos Aires, Troquel, 1998. 281 páginas, mapas e ilustraciones.

En la mejor tradición de los estudios dedicados a las prácticas cotidianas de los actores sociales, describiéndonos a la élite pero también a esos seres anónimos, comunes, ordinarios que hace poco comenzaron a suscitar la atención de los historiadores en su vida diaria e íntima, Ricardo Cicerchia nos ofrece, en un documentado y fascinante viaje, su artesanal visión de la vida privada en la Argentina. El recorrido se circunscribe al período previo a la nación, abarcando casi una centuria, partiendo desde la creación del virreinato rioplatense en 1776 y llegando hasta la caída de Rosas, en 1852.

El itinerario de Cicerchia reconoce seis estaciones o capítulos y un epílogo. En el inicial, "Escenarios", el autor despliega, al calor de la creación del virreinato, el derrotero social y migratorio de los habitantes de la jurisdicción asociados a un paisaje acotado y dicotómico: Buenos Aires y el interior. Neutralizadora de las tendencias urbanas y promotora de una élite mercantil asociada a la burocracia, Buenos Aires se convierte en el invernadero cultural e ideológico del que florecerán los intelectuales ilustrados y románticos que describirán curiosos y viajeros, ensortijados y ensortijándose en una "red textual" en la que abrevó el imaginario nacional

y la nación misma. De la soledad del interior y su aislamiento y de la brecha social ahondada con el auge mercantil –que arrincona en la marginación a los desposeídos– surge la lealtad al caudillo, figura síntesis de esa divisoria de aguas entre los objetivos de la ciudad y los del campo.

En la segunda estación, "Vivir en familia", el autor irrumpe en la intimidad de la vida doméstica, permitiéndose argumentar sobre el control de la natalidad y la actividad sexual de los cónyuges. El conflicto, o la interferencia de lo público sobre lo privado, se limita a casos que trascienden la esfera familiar cuando se hace notoria la transgresión a las normas o prácticas de clase o cuando se ofenden los hábitos consagrados colectivamente y que hacen al mantenimiento del orden social. Sin embargo, la mujer común se hace visible tras la presentación de demandas que son oídas por la justicia cuando implican faltas graves al honor y denotan la práctica de vicios execrables, como la violencia doméstica, el alcoholismo, la vagancia y el abuso deshonesto. Así, la sanción social se cierne sobre la vagancia masculina y la sexualidad femenina descontrolada, que hallan expresión en un descalificador ceremonial público. En los relatos de conflictos familiares,

Cicerchia hace un lugar a la niñez, especialmente a la de la plebe urbana, tan proclive a la cesión como al reclamo posterior de los menores en virtud de la precarización de las economías domésticas. Los hechos escandalosos reúnen a hijos naturales e ilegítimos, padres solteros y mujeres solas, quienes al mostrarse en la acción legal daban cuenta de una sociedad que expresaba sus prácticas familiares más secularmente.

En el capítulo III, "El orden de los gestos", se explora el lenguaje codificado de los cuerpos para una mejor comprensión de la sociabilidad. En esos gestos, o vocabulario consensuado de los mensajes corporales, quedan instalados otros pequeños itinerarios: los viajes internos, plenos de incomodidades y peligros, pero también fuente de encuentros y visitas, ya fuera en el espacio abierto de las plazas y las ferias, en los tradicionales patios de las iglesias, mercados y veredas, o en los más íntimos y cerrados de las tertulias, salones y burdeles. Allí, el universo gestual se despliega aunque no tan vistosamente como en la danza, entretenimiento y acercamiento corporal que, en distintas formas y lugares, alcanzaba a todo el universo social. Sin embargo, el mandato social reprime todo contacto físico público y en orden a mantener el recato y la

moral había cánones dictados por la moda que debían amoldarse a los hábitos. Así, el relato muestra el intrincado juego entre lo público y lo privado, el contenido y la forma, en el que se entreeve un discurso social unificado y expresado en un conjunto de apariencias. Inmerso en el lenguaje del cuerpo, queda cubierto el itinerario de la vida misma cuando Cicerchia evalúa los discursos y prácticas sobre la salud, la higiene, la enfermedad y la muerte.

En este viaje por la vida privada, el siguiente capítulo está dedicado a la alimentación, actividad que denota la pertenencia identitaria y las fronteras culturales y sociales, cuyo procesamiento es otro de los itinerarios y ritos que describe el autor y que comienza en el terreno de cultivo y termina en la mesa familiar. En medio, hay otras tantas estaciones que representan la producción, la adquisición y la preparación de las comidas. La trayectoria de los alimentos es la que pone en movimiento los sentidos del que lee; la narrativa nos hace saborear las cenas de la élite, el popular y difundido puchero, la leche ambulante recién ordeñada, los aromas hasta personales de las cocineras, las tablas endulzadas de las confiterías y el sonido aromático de las bebidas.

En el capítulo V, "De cronos e imaginerías", se describen las jornadas sociales e interiores de la vida cotidiana. Desde el alba al crepúsculo hay representaciones diarias del ritual humano expresado en una cronología del desarrollo vital, laboral, del ocio y los placeres,

donde el tiempo profano y el tiempo sagrado conviven con tiempos míticos y advertencias naturales que edifican sendos calendarios. Por esos corsets del tiempo pasan trabajadores, escolares, devotos, vecinos, curas y sus actividades expansivas: las fiestas, el teatro, las carretas y los toros. Los itinerarios íntimos, signados por la estrecha expectativa de vida, tienen sus paradas en el matrimonio, la reproducción, la adultez, la vejez y la ancianidad, ciclo de vida y muerte en torno al cual giraba el individuo en familia.

El capítulo VI está dedicado al mundo femenino, su papel social y las representaciones que del mismo tenía la sociedad. La mujer se devela en su rol hogareño, arropada en el virtuosismo, la sumisión y el recato. Discapacitadas por la ley, las mujeres dependían siempre de un hombre: el padre o el marido, a su turno, se constituyeron en garantes del sistema patriarcal que las consagraba, sin alternativas, al matrimonio, la soltería o el convento. Si el azar las hacía viudas, podían alcanzar una cierta autonomía, aunque dentro del control necesario que las comprometía con el orden familiar. En 1823, y coincidiendo con una secularización social, el "género" se hacía visible al fundarse la Sociedad de Beneficencia. Allí se manifestaba la acción femenina en esferas tales como la salud y la educación, patinadas con un halo de caridad. En este punto, el autor viaja entre las clases y, utilizando la pluma de Echeverría, transita —otra vez— por los senderos de la estética, el trabajo, el amor, los

prejuicios y las locaciones femeninas, retornando a la familia y al matrimonio como garantes del orden social.

El recorrido incesante iniciado por Ricardo Cicerchia en la arena rioplatense culmina a mediados del siglo XIX, cuando su relato se interrumpe frente a una nueva política cuya aplicabilidad pública traerá aires más privados y más laicos, respondiendo a los vientos republicanos de la Argentina moderna, itinerario que el autor promete recorrer en otra entrega.

Hemos asistido a un viaje fascinante entre hombres, mujeres, niños, geografías, carretas, fiestas, mesas, modas y tertulias en donde el lector se deleita frente a un campo de recreación visual más allá de las fotografías insertas, hábilmente, en casi cada página. Narrativa, coherencia, sencillez y contundencia, hacen de este libro un ejemplo de cómo hacer historia social para académicos, estudiosos, curiosos y público ávido de conocer nuestra historia en su faz más íntima y real. El autor ha demostrado, con seriedad académica, de qué manera puede hacerse una pieza de calidad apelando a hacer sencillo el complejo cotidiano, a hacer digerible denuncias legales para comprender las prácticas familiares, a hacer audibles las oscuras voces ordinarias, en suma, a traducir las fuentes a un lenguaje llano, todo lo cual habla de un compromiso del historiador con su entorno verdaderamente humano.

Ana María Presta
UBA/CONICET/PROHAL